

El mestizaje en el pensamiento de María Zambrano

La ciudad es el núcleo del pensamiento zambraniano, en tanto lugar de la actividad creadora. Si consideramos que usaba la combinación de palabras «ayuntamiento amoroso»¹, podemos decir que toda su obra se puede organizar como un poema a la ciudad soñada, de la que ella fue fundadora activa. Tomando en cuenta que María Zambrano hizo política desde los años treinta, eligiendo decididamente el campo republicano, y más precisamente el socialismo de Pablo Iglesias, y que al final de su vida todavía ejercía su sentido crítico para demoler ciertas actuaciones de los socialistas europeos, es imposible desvincular sus escritos teóricos de la praxis que los abarca, lo cual nos justifica en el uso cotidiano que hacemos sus lectores de sus axiomas maravilloso, buscando lo aprovechable para redefinir los problemas de nuestro tiempo y nuestro espacio propio, y con ello, gracias a un nuevo nombramiento, verlos esfumarse en tanto que obstáculos, hacerse transitables de la mano de María.

El mestizaje se nos aparece en la Europa de 1999 como un problema típico de la urbe y de la comunidad política, de la *polis*, por las oleadas migratorias que llegan a nuestras tierras en escala desconocida antes. La izquierda acostumbra tratarlo por una especie de omisión en el razonamiento. La izquierda escribe y publica

sobre el antirracismo. Además, legisla para que el antirracismo se convierta en obligación legal, y esto es una línea de acción coherente desde finales de la Segunda Guerra Mundial, que fue coordinada por la ONU con la declaración de 1964. Ahora bien, en su misma configuración «antirracismo» es concepto negativo, imposible de desvincular de su raíz contraria, el racismo, que era la tonalidad general del pensamiento científico hasta 1945, y del pensamiento político de todos los que pugnaban por imponer su dominación sin tener mejores bases teóricas para justificarse que la de una supuesta superioridad natural, según ellos incuestionable. La conversión mayoritaria del pensamiento occidental al antirracismo no es más que el homenaje irremediable a la demostración de fuerza dada, contra el hitlerismo, por los pueblos que sustentaban su derecho a la soberanía sin pregonar ninguna supuesta superioridad racial; hubo otra demostración de fuerza posiblemente más decisiva para derrocar el «racismo científico», que la dieron los pueblos colonizados antes por los europeos en África y Asia, en sus guerras de liberación nacionales, a partir de 1945. Uno puede sospechar pues que la consigna institucionalizada del antirracismo sea en buena medida el reconocimiento a la fuerza física de otras razas, por parte del occidental, y un lema con aires de novedad para abandonar a la comunidad internacional en la causa humanitaria-occidental, que pretende la hegemonía.

Notas:

¹ Véase Elena Laurenzi, «La cuesta de la memoria»; en *Claves de la razón poética: María Zambrano, un pensamiento en el orden del tiempo*, Carmen Revilla (ed.), Madrid, ed. Trotta, 1998; pp. 67-90.

Decía Spengler en 1933, desde su ideal europeo, que «si no vemos cómo el problema más importante, precisamente para nosotros, es nuestra relación con el mundo, el destino —y qué destino— pasará sin compasión sobre nosotros». A fines de este siglo, el antirracismo todavía no ha producido ninguna demostración definitiva de su solidez a nivel conceptual, no constituye una teoría plenamente desarrollada. Ha tenido éxitos para desarmar los andamiajes del racismo, mostrando las incoherencias de la historiografía del racismo, de su teorización, y las perversidades a las que condujo². De ninguna manera ha podido fundamentarse en tanto nueva religión, o sea, nueva base cultural válida de modo universal, y capaz, por rasgos de perfección conceptual, de situarse en el centro de un humanismo inédito. Un investigador como Wallerstein³ ha demostrado incluso cómo, en nuestras sociedades democráticas, anti-racismo y racismo se combinan en la práctica como dos facetas de una misma actitud básica, que es la preservación de una posición hegemónica occidental, sobre la base del postulado de la bondad exclusiva de la democracia como sistema de gobierno, para no reconocer ningún otro si pretende contrarrestarlo en algún punto álgido. El antirracismo se ha convertido en uno de los artículos de creencia que puede permitir a la democracia convertirse en totalitarismo, es decir tiranía íntimamente aceptada, y lugar común cargado de despotismo para distanciarse de los «fascistas», o «racistas», de los malos por antonomasia.

Ninguna clasificación de la humanidad, racista o antirracista, sincera o calculada, generosa o egoísta, es capaz de dar el salto que la redimiría de las sospechas de no ser más que encubrimiento del algún interés particular al que no se puede nombrar frontalmente porque sería contraproducente. Aquí buscaremos la ayuda de María Zambrano para examinar el

funcionamiento del verdadero reconocimiento de la alteridad, que se concreta como automes-tizaje, o «autodespojarse» como dice ella, como principio de superación de la soledad ontológica heideggeriana. Nuestra hipótesis es que ella sí dio el salto de teorizar la necesidad de superar la *hybris* por algún modo de hibridación. Sabemos que María Zambrano era radical en su rechazo a los sistemas políticos en general, y a sus bases filosóficas que ella resumía en el concepto de cinismo, en el cual incluía al propio Heidegger. Sobre el estoicismo, que levanta una ética sobre la *Physis*, y no sobre las ínfulas del *logos*, quería ella establecer una posible combinación de «persona y democracia», ética y política.

No redactó el tratado político que faltaba para dar cuerpo a los imperativos colectivos de la piedad y el sacrificio, bases del estoicismo como práctica ciudadana. Pero en su mismo estilo de razonamiento, podemos delinear un método reutilizable para administrar las relaciones en que el uno —que se cree sustancia— tiene que enfrentar la encrucijada del «qué hacer con el otro». Esta situación de perplejidad se da no sólo entre individuos procedentes de etnias alejadas que se ven obligadas a compartir la misma urbe, sino entre todas las entidades que se perciben como suficientes en su definición interna y que se encuentran en situación de competencia por algún nivel de poder con «otros», imposibles de conceptualizar sin reducirlos a la identidad, sin erradicarles como tales. Acorralada por los imprevistos de la historia y porque eligió un destino inconfortable, María Zambrano fue un lugar de anunciación: donde se podía producir la fecundación milagrosa, improbable, la «inmaculada concepción», o sea, en la forma en que ella entiende el mito mariano católico, la virginidad «fecundadora sin haber sido fecundada». Es decir, que para nuestro tiempo en cuanto nos llega como desafío

² Véase *La force du préjugé, essai sur le racisme et ses doubles*, Pierre-André Taguieff, París, La Découverte, 1987.

³ Véase "Universalismo, racismo, sexismo: les tensions idéologiques du capitalisme", en Etienne Balibar et Immanuel Wallerstein, *Race, nation classe, les identités ambiguës*, París, La Découverte, 1988; pp. 42-53.

enmarañado, y a partir de sus vivencias, aportó elementos de solución que no son herencia directa de ningún pensador anterior identificable y los presenta con una frescura virginal. Al retomar estas metáforas suyas, no se trata por supuesto de suponer en ella una especie de partenogénesis espiritual, pues a todos los niveles, María Zambrano es un producto de cierto sincretismo entre teología y filosofía europea del cual ella misma dibuja entre líneas la figura.

Recordaremos brevemente distintos planos en que se puede observar que el concepto de mezcla por abdicación de cierto nivel de autosuficiencia le parece imprescindible para que tal o cual sustancia se vuelva germinativa. Basándonos en su propio método, el que la llevó a redactar *Delirio y destino*, seguiremos el hilo conductor de la experiencia biográfica para explicarnos cómo llegó a planteamientos tan singulares entre sus contemporáneos, los que heredaban una cultura semejante; de ahí la importancia de la vivencia cubana que tuvo, y de la que es probable que quedase iluminada, según revelan muchos de sus apuntes. María Zambrano recibe un choque frontal en sus años de destierro en Cuba, entre otras cosas porque descubre a «los negros», con la mejor guía posible, su amiga Lidia Cabrera, que la llevaba a los toques de tambor en la barriada de Marianao. Se le ocurrió evocar la esclavitud como misterio, lo cual indica un potencial germinativo en este tema de meditación. Por otra parte, el mestizaje cubano puede verse como caso paradigmático que puede servir para describir otras realidades nacionales.

Pero antes de ver lo que Cuba le enseñó a María Zambrano, busquemos otro nivel básico en que podemos observar cómo para ella, uno no es nadie si no acepta una supeditación a un factor extraño y poderoso, la intromisión de un elemento radicalmente foráneo y despreciado

como tal, como extra-humano, por no decir infra-humano al mismo tiempo que se le padece como algo temible.

1. El ayuntamiento amoroso.

a) *Asumir la ley de gravitación.*

Es una obligación para el hombre reconocer su deuda con la tierra; si falta a ella, se encuentra amputado. Es lo que describe en uno de sus primeros ensayos, «Nostalgia de la tierra»⁴. Cuestiona María Zambrano buena parte de la pintura del siglo XX con esta reafirmación, que ella plantea con extremo cuidado, pero que no deja de socavar todo elogio de la modernidad por moderna, por innovadora. Según ella, la modernidad no es un valor, sino un síntoma, está angustiada porque ha perdido la comprensión de lo circundante, y desolada por desarraigada. Y ya se percibe, a ese nivel, la oposición irremediable entre la soberbia del que trata de vender su obra por criterios de actualidad, y la humildad del que acepta su subordinación a lo que le antecederá eternamente, la fuerza circunstanciada de la gravedad, la atracción por la tierra. De modo que el reconocer la deuda del espíritu con algo que lo tiene atado tiene que ver con la aceptación del mestizaje tal y como se da en las formas clásicas de las sociedades, es un rebajarse necesario o fatal, aunque generalmente no conceptualizado. En todas las sociedades coloniales, una supuesta élite, representante de una civilización supuestamente superior, comulga carnal y vergonzosamente, se rebaja, digamos, con las hembras de la etnia vencida, supuestamente por su inferioridad, tanto física como espiritual, y se produce en la cultura una identificación entre el folklore de los humillados y el espíritu de la autoctonía, de la misma tierra⁵.

⁴ Fechado en Madrid, 1933; y recogido en *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

⁵ Ver Rodolfo Kusch, *El pensamiento indígena y popular en América*, Buenos Aires, ICA, 1973.

b) *El rebajarse femenino.*

La revista *Aurora* en su primer número⁶ ofrece un balance de la mediación de Zambrano sobre los temas femeninos. Todos muestran allí hasta qué punto ella le exige a la mujer diversas abdicaciones, como culminación de sus esfuerzos por engrandecerse, tanto por el talento intelectual (Heloísa, Andreas Lou Salomé, Diótima), o por la capacidad política (Antígona), así como por la generosidad de tipo materno (Nina), o por la devoción amorosa (Heloísa). No es osado afirmar que el primer mestizaje que tiene que enfrentar el ser humano es su acercamiento al sexo opuesto. Si María desarrolla más el estudio de la superación de las humillaciones en la mujer, es porque parte de las vivencias de la hembra violable, en la que la confrontación con la alteridad se da carnalmente como intromisión, como violencia procedente de un extraño, de un inhumano temido. Las heroínas zambranianas son mujeres que superan el rencor femenino y se automestizan. La varona zambranianiana es una figura en que el crecimiento espiritual desemboca en elegir ensancharse hasta no ser más que recipientes de los hombres, a los cuales ellas terminan por ver como criaturas pequeñas y necesitadas de amparo, a pesar de que las quieren dominar. Se puede visualizar este tipo de relación en la escultura medieval de las madonnas, de ojos, manos y regazos grandes, abarcadoras de reyecillos miniaturizados. Consideremos que esta imagen de la relación sexuada es la matriz que organiza como ecos concéntricos gran parte de la reflexión política zambranianiana. De esta materia prima vivencial partiremos para reinterpretar rápidamente algunos puntos clave de la conciencia étnica cubana, y concluir que, con la ayuda de José Lezama Lima, María encontró la clave, el nivel metafórico exacto en el cual se producen los mestizajes que son provechosos, que enaltecen.

2. El ayuntamiento cubano.

El texto «La Cuba Secreta»⁷ plantea el criterio extraordinario de que Cuba es una patria prenatal. Evidentemente, había un secreto elogio en ese giro, y algo que se puede o debe generalizar a otras tierras. El hombre necesita verse y ser visto, nos dice en otros textos siguiendo a Hegel, ésta es la raíz de la historia, a la que no hay por qué idolatrar, y para eso se sale de lo prenatal, que tiene una oscuridad apetecible. Había empezado por plantear que Cuba se le había aparecido desde su primera estancia, en 1933, como una tierra conocida por alguna rara memoria incontrolable, como algo prenatal para ella, por lo que sentía «apego». Tal vez fueran los remanentes aires andaluces de la isla, que le recordaban su herencia malagueña maternal. Pero se sintió obligada a seguir diciendo lo enigmático, que Cuba era, más allá de cualquier subjetividad, algo prenatal, algo que entrañaba un secreto. Y añadía de paso, como algo inconexo, igualmente hermético y tal vez profético, que «un secreto es siempre un secreto de amor».

Por otra parte, la oscuridad es un requisito del acercamiento corporal, y María glosó a menudo la oscuridad protectora de la ternura y el apego físico, con su dinámica propia, más allá de la voluntad consciente. De modo que tal vez podamos concluir que si Cuba se le aparecía prenatal, es que confusamente la sorprendía una especie de actividad amorosa secreta, de fusión andando, que se estaba verificando a espaldas de la actividad pública. Su amiga Fina García Marruz acuñó el adjetivo «caricioso» para describir lo cubano en la cortesía, y en un modo de relación que abarca todos los logros de la cultura⁸. Así, tal vez, percibió María a Cuba prenatal por la fuerza con que todavía se estaban haciendo de alguna manera el amor unos a otros ciertos elementos ocultos en el cuerpo de

⁶ Ver especialmente Laura Llevadot "El problema de lo femenino en la vocación filosófica de María Zambrano", *Aurora, Papeles del "Seminario María Zambrano"*, nº 1, Barcelona, 1999; pp. 15-24.

⁷ En *Orígenes*, La Habana, nº 20, 1948; recopilado en *La Cuba secreta y otros ensayos*, Madrid, Endimión, 1996; pp. 106-114.

⁸ Ver el Homenaje a Fina García Marruz, en *Encuentro de la cultura cubana*, nº 11, Madrid, 1998-99; especialmente Rafael Almanza,

la nación, lo cual tenía que conllevar cierta desatención de la vida externa, que como bien sabemos, se vacía de toda seriedad para los enamorados, pareciendo frívola y desdeñable, o al contrario, simple extensión de la fruición amorosa, capaz de abarcar en su devoración a todo su entorno, que se puede entonces erotizar sin límites. Todo lo que María escribió sobre Cuba es llameante declaración de amor, está cargado de emoción sentimental. Es imposible que no sintiera el contagio de una relación erótica sobre toda su consideración del entorno. Confesó su deslumbramiento ante José Lezama Lima, y el sistema metafórico del erotismo lezamiano ella lo retoma en sus años cubanos, como bajo una invencible atracción. No es aquí el lugar de recordar cómo para Lezama la actividad sexual lograda es «incorporación», ingestión, actividad nutricional a través del sujeto deseado⁹. O sea, aunque no aparezca teoría zambraniana del mestizaje como canibalismo amoroso a escala nacional, el tono de sus escritos cubanos es el nivel donde se desborda este tema y esta actividad, la absorción de y por las imágenes lezamianas, que constituyen un «sistema poético del mundo» globalmente homólogo al que hizo posible la «razón poética».

Antes, José Martí había evocado, en un breve apunte, la fatiga producida en la sangre americana por siglos de mestizaje. ¿Cómo no atar cabos, cuando María Zambrano comprende plenamente a Martí¹⁰, y Cintio Vitier ha dicho que la generación de *Orígenes*, o sea el grupo de poetas amigos de María, había sido la anunciadora de Martí, había hecho posible a Martí¹¹? Si para Martí, político y revolucionario, la sensualidad y sus consecuencias eran factores por reconocer en emergencia de las naciones ¿cómo no lo iba a ser para María? Ninguno de los dos, por decencia, lo iba a desarrollar más explícitamente. Un marginal audaz,

como Lezama, era el que podía instalar el sexo en medio del paisaje, y escogiendo la figura del encuentro sexual donde más se podía hacer visible lo amestizado, en el sentido tradicional de descastado. Podemos afirmar que el amulatamiento, o sea el mestizaje aparentemente más estéril (la palabra *mulato* es una extensión de «mulo»), degradante, e imposible de desvincular de la condición servil, es un núcleo del pensamiento lezamiano. Es lo que percibió Zambrano al elogiar por encima de todo la obra de Lezama el poema «Rapsodia para el mulo»¹². Recordemos que en las letras cubanas, el siglo XIX estuvo obsesionado por el «pecado original» cubano, según Luz y Caballero: la esclavitud, que produjo incontables bastardos y hermanos incestuosos, por la ignorancia de su parentesco, impuesta por el prejuicio del color. La propia multiplicación del teatro y novelas sobre estos rasgos trágicos y recurrentes de las familias cubanas contribuyó a que ya en el siglo XX el tema dejara de ser doloroso. El mestizaje se siguió derramando, pero sin el dramatismo anterior, ni las mentiras, ni el terror, ni la vergüenza. Era la relación homosexual la que venía a ocupar el lugar del escándalo mayor, y de ahí la obligación, para Lezama, de sacarla a la luz, de hacerla imagen, en vez de estéril y vergonzosa. Tomando en cuenta que para ellos ya se había cumplido el ciclo de la reflexión sobre el mestizaje étnico es como se entiende que ni para Lezama ni para Zambrano este tema aparezca con ese nombramiento como problema, mientras que para las sociedades europeas viene a ser ahora una relativa obsesión.

3. El lugar de la metamorfosis.

El caso de Cuba no tenía por qué ser único, aún cuando la proporción de los grupos

“Hacia Fina: su conciencia formal”; pp. 8-15.

⁹ María Poumier, *José Lezama Lima, Méthode et cubanité*, 500 p., en prensa.

¹⁰ “Martí, camino de su muerte”, *Bohemia*, La Habana, febrero de 1953; retomado en *La Cuba secreta y otros ensayos*, Ed. Cit.; p. 112.

¹¹ En *Credo*, La Habana, 1994; reedición Valencia 1998, n° 3; p. 6.

¹² En *Orígenes*, La Habana, n° 20, 1948; recopilado en *La Cuba secreta y otros ensayos*, Madrid, Endimión, 1996; p. 112.

étnicos a unir, y la historia común de ellos, componga el arma inconfundible de cada tierra, y más de una isla. En toda América, los años treinta dieron paso a la expresión de una obsesiva pregunta: ¿quiénes somos? Los pueblos maduros no se hacen esta pregunta. Saben quiénes son, o no les importa. Tal vez solamente los que todavía no son, si no que se marean en las transfusiones de sus líquidos amorosos, tengan por momentos la angustia de descubrir que ya no volverán a ser lo que se habían creído, y de aumentarla haciendo de ello un rompecabezas cuya única solución puede ser el dogma impuesto. Actualmente, el discurso oficial cubano pregona que Cuba es un pueblo mulato, sin preocuparse por saber si esta definición agrada a todos, o satisface a todos por los mismos motivos. Es una simple manera de decretar el debate concluido, y de prohibir cualquier reivindicación sobre la base de una identidad que no sea la de la mulatez.

Creemos que para Zambrano, el mestizaje racial cubano, fue como una clave de lo que cualquier ser que pretenda ser sustancia debe dejar que se dé en sí: una prodigiosa invasión, no retardada como violación sino deseada por agrandamiento de la «virtud recipiendaria»¹³ desde antes, desde las vísceras, aunque la mente no sepa qué hacer con eso, y lo esconda en los rincones sucios. Ahora bien, es notable que también en el contexto cubano haya formulado el nivel metafórico exacto en que la cópula se trasciende, es fundadora de *polis*, no simple lastre individual sin coherencia con la ciudadanía ni germinación espiritual. En el homenaje a Lidia Cabrera se halla la exaltación de la transmisión de la cultura africana por las nodrizas negras de los patrones blancos: «La raza de piel oscura es la nodriza verdadera de la blanca, de todos los blancos en sentido legendario»¹⁴. Ése es el nivel nutritivo: la sabiduría que llega al niño amo por la palabra de la mujer esclaviza-

da. Una vez más se desemboca en la figura femenina central, humillada y única en poder despertar en el niño una semilla de humildad, por su alentar.

«Al fin el mulo árboles encaja en todo abismo»¹⁵

Con esto podremos concluir que por muy paradójico que fuera el afincamiento de María Zambrano en el campo político de la izquierda, cuando todo en ella era ansia de catolicidad y de pueblo enaltecido por una patria física y tradicional, gracias a ella la izquierda actual se puede salvar de un dogmatismo hueco y reaccionario, es decir defensivo, oportunista, simple reflejo para detener o frenar la pujanza de ideologías rivales. Ella nunca le dio el menor papel motor a la lucha de clases, ni al materialismo mercantil. El marxismo le fue tal vez útil para encarnar su sentido dialéctico y su horror ante el economismo, pero su sensibilidad a los más desposeídos la heredaba directamente del cristianismo. Mucha responsabilidad le exige a los intelectuales, que le parecen la única élite moderna, sacerdotal, con el pueblo. Nos atrevemos a plantear que es una avidez de mestizaje como sacrificio amoroso (la formidable pedagogía de la esclava es un aspecto del mismo) y aceptación, en la virginidad infantil, del descasamiento por las palabras de la nodriza (para todo el que tienda a creerse el dueño de la tierra), la que arraiga a María Zambrano del lado del pueblo, con todo el orgullo de un intelectual consciente de sus responsabilidades históricas. Esta elección del autoamestizamiento la aparta de cualquier casta dominante. Y con su práctica de pensadora de magnetismo que debe vincular a los polos opuestos en la conciencia de cada cual, viene a completar el sentido habitual hispánico de la «raza»¹⁶, entendida como ese vínculo de reciprocidad entre una tierra y sus

¹³ Concepto lezamiano desarrollado en *La expresión americana*, La Habana, 1953.

¹⁴ "Lidia Cabrera, poeta de la metamorfosis", en *La Cuba secreta y otros ensayos*, Ed. Cit., p. 134.

¹⁵ Verso final del poema "Rapsodia para el mulo", de José Lezama Lima, en *La fijeza*, La Habana, 1942.

¹⁶ Véase José Luis Abellán, "Una manifestación del modernismo, la aceptación española de la raza", en *Cuadernos hispanoamericanos*, julio-agosto de 1996, n° 553-554; pp. 203-214.

habitantes de toda posición, originado en la propia atracción del lugar, y prolonga el esfuerzo de Unamuno por hacerlo más abarcador. «Las circunstancias piden ser salvadas», decía ella: ingerirlas como amadas, en vez de rechazarlas como hoscas arpías, he aquí lo que puede salvar a las circunstancias y al que se tome por centro de las mismas, el fundador de *polis*. La virtud recipiendaria llega más hondo en Zambrano que en Lezama. Su escritura aforística, a retazos dispersos, es lo que convierte en fuerza incendiaria el lugar común de la necesidad de aceptación del otro. Con el ejercicio de la abdicación de cierto nivel de visibilidad fue como María Zambrano dio cumplimiento a la teoría de la salvación spinoziana, ese tema del que quería hacer su doctorado, y que la vida la llevó a dejar en estado prenatal.

José S. Carralero
Callejuela (1965)

